

El evangelio es un mensaje sobre el arrepentimiento

¿Cuáles son los medios que Dios ha provisto para que los pecadores obtengan los beneficios de la obra redentora de Cristo? La Biblia señala únicamente dos: arrepentimiento y fe (Mr. 1:14-15).

La fe y el arrepentimiento no son iguales; pero la fe nunca viene divorciada del arrepentimiento, así como el arrepentimiento nunca viene divorciado de la fe. Y lo que Dios ha unido con un vínculo indisoluble, el hombre no puede separarlo. Dondequiera que hay verdadero arrepentimiento, allí encontraremos también la fe; y dondequiera que haya fe genuina, también habrá arrepentimiento.

La fe sin arrepentimiento no pasa de ser una fe muerta; el arrepentimiento sin fe no pasa de ser remordimiento (como el que sintió Judas antes de ahorcarse). Debemos proclamar a los hombres el arrepentimiento y el perdón de pecados en el nombre de Cristo. El hombre necesita reconciliarse con Dios, recibir Su perdón, pero ese perdón está conectado con el arrepentimiento (comp. Lc. 13:1-5).

Ahora bien, ¿qué significa arrepentirse?

La palabra “arrepentimiento” viene del latín y significa “pensar otra vez”; mientras que la palabra griega que se usa en el NT significa “cambio de mente”. Noten que ambas palabras se relacionan con nuestro proceso de pensamiento. Arrepentirse es cambiar drásticamente de mentalidad.

Dios dice al pecador a través del profeta Isaías: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55:7).

El llamado de Dios al hombre no es a dejar de pensar, sino a dejar sus pensamientos y a pensar como Dios piensa; ver las cosas como Dios las ve, a juzgarla como Dios las juzga; eso es arrepentirse.

Supongamos que una persona se dirige hacia Santiago por la carretera que va hacia Samaná. Pero en el camino se encuentra con alguien que le hace ver su error, que va por un camino equivocado, ¿qué esperaríamos que haga esa persona ahora que tiene una información correcta? Esperaríamos que dé media vuelta y se disponga a tomar por el camino que lo lleve al lugar donde desea ir.

De igual manera, lo primero que el pecador necesita es la convicción de que va caminando por un camino equivocado que lo ha de llevar a una condenación eterna.

Y luego que el pecador ha adquirido y aceptado esa información como buena válida, ahora entran en juego su voluntad y sus emociones. Él decide caminar por otro camino, a la vez que aborrece el camino anterior y se entristece de haber estado en el error por tanto tiempo.

Quizá la manera más sencilla como podemos entender este concepto es contemplándolo a la luz de la parábola del hijo pródigo, en Lc. 15. Este joven que se había comportado con tal insensatez en el pasado repentinamente comenzó a aborrecer ese estilo de vida que una vez consideró tan atractivo.

Y en completa humillación se dirigió a su padre sabiendo que no tenía nada que demandar. Él no era digno, ni siquiera de trabajar en la finca como un simple criado. El arrepentimiento viene ligado a un profundo sentido de indignidad y de necesidad. Pero al mismo tiempo está estrechamente ligado a una seria determinación de

divorciarse de la vida en pecado.

Alguien ha dicho que el arrepentimiento es un divorcio del alma del pecado. El alma toma la resolución de divorciarse del pecado. Es la reacción del individuo que vuelve en sí y por primera vez considera su pecado como la fuente de todas sus desgracias, como algo de lo que debe huir como quien huye de una plaga.

Eso es arrepentimiento. Y sin ese arrepentimiento nadie puede disfrutar de la salvación que Dios ha provisto en Cristo. Dos veces repite el Señor en Lc. 13:1-5: “Si no os arrepentís... pereceréis”. . El hijo pródigo no pidió perdón a su padre mientras continuaba aún viviendo perdidamente.

Él se levantó y fue a su padre; él había tomado la decisión de cortar con ese estilo de vida que hasta ahora había seguido, y entonces pidió perdón. Nadie encontrará perdón para su alma mientras continúe casado con su pecado.

Ahora, es importante aclarar que el arrepentimiento no se trata de un intento de parte del pecador de ordenar su vida para que entonces Cristo pueda aceptarnos. Si el pecador pudiese ordenar su vida sin Cristo, entonces ya no necesita a Cristo. Cristo vino a salvar a su pueblo de sus pecados, porque su pueblo no podía salvarse a sí mismo.

Estamos hablando más bien de una persona que reconoce su pecaminosidad, y al mismo tiempo su incapacidad de escapar de semejante condición; de una persona que habiendo comprendido la maldad de su pecado y las terribles consecuencias que ese pecado le acarrea ahora y en la eternidad, acude a Cristo con la disposición de obedecerle a Él.

El pecador arrepentido no es aquel que dice: “Voy a reformarme primero, y luego iré a Dios”; no. Es más bien el hombre que reconoce que no puede seguir luchando con la maldad de su corazón, y habiendo pedido perdón, pide también a Dios que le conceda la fuerza que necesita para ser librado de la esclavitud de su propia corrupción.

Pero no podemos quedarnos en el arrepentimiento. No se trata simplemente de dejar el mundo atrás, sino de abrazar a Cristo, y descansar en Él tal cual es ofrecido en el evangelio. Y es a eso que la Biblia llama fe (comp. Jn. 1:12). Pero eso lo veremos más adelante, si el Señor lo permite.

© Por Sugel Michelén. Todo pensamiento cautivo. Usted puede reproducir y distribuir este material, siempre que sea sin fines de lucro, sin alterar su contenido y reconociendo su autor y procedencia.

<http://todopensamientocautivo.blogspot.com>

VIERNES, 9 DE JULIO DE 2010